

La cultura política del cristiano

Enrique San Miguel Pérez

Catedrático de Historia del Derecho de la Universidad Rey Juan Carlos. España
Profesor Visitante de la Universidad Miguel de Cervantes (UMC). Chile

Introducción: tardes de verano con Eliot y C. S. Lewis

En 1986, cuando pasaba el reglamentario verano dulce y lánguido del estudiante en Viena, me compré los *Four Quartets* de T. S. Eliot. Nunca olvidaré mi primera lectura, en la Schwedenplatz, después de tomarme un gigantesco helado en "Eissalon". Y tampoco olvidaré cómo al final del último de los cuatro, el *Little Gidding*, el escritor nacido en Estados Unidos y afincado en Inglaterra me dijo algo que he recordado constantemente desde entonces: "*nunca cesaremos de explorar/ y el final de nuestra exploración/ será llegar donde comenzamos/ y conocer el lugar por vez primera*"¹.

Supe, entonces, que vivir era reproducir de manera incesante el vértigo, la ilusión, la motivación, y la pasión que experimenta quien conoce su lugar como si nunca lo hubiera conocido con anterioridad. De quien ha llegado, y llegará cada día de su existencia, para quedarse. Que, como le decía Jack Lewis a Joy Gresham, es decir, Anthony Hopkins a Debra Winger en *Tierras de penumbra* de Richard Attenborough, en el Valle Dorado, en pleno curso alto del río Wye, el mismo río cuya agua no podría nunca lavar la sangre galesa del *Enrique V* de William Shakespeare, un hombre puede sentir que no necesita subir la siguiente colina, porque está, finalmente, en su sitio. Pero también que, cada día, ese hombre debe aportar algo que le haga merecedor de alcanzar ese cobertizo en el que ambos escritores, enamorados, unidos, y plenos, trataban de protegerse de la tormenta, de la enfermedad, y del dolor. Que, como mantenía Antonio Machado en los "Proverbios y cantares" de sus *Campos de Castilla*, "*No extrañéis, dulces amigos/ que esté mi frente arrugada/ Yo vivo en paz con los hombres/ y en guerra con mis entrañas*". Y que el combate con las propias entrañas le garantiza a todo ser humano la conciencia crítica y la lucidez imprescindibles para seguir viviendo.

Conocer el lugar por vez primera es también el deber de todo servidor público en cuanto cristiano. Lo digo desde la certeza de que mi modesta exploración por la historia y el pensamiento político del socialcristianismo me han servido, sobre todas las cosas, para regresar al lugar en el que comencé: la creencia en Jesucristo, y la creencia en las personas que, comenzando por mis padres, decidieron ser sus testigos. Un encuentro constante, en cada instante y en cada recodo de mi existencia, con su Buena Noticia, y con la radicalidad del ejemplo en el compromiso evangélico de sus discípulos. Un encuentro sencillo y sereno, como todo encuentro entre quienes se conocen y se quieren.

Con serenidad y sencillez quiero hoy conocer por vez primera el lugar en el que habitan los cristianos, y singularmente los políticos en cuanto cristianos. Quiero conocer actitudes y compromisos como el servicio, la gratuidad, la gratitud, y la integridad. Conocer sus motivaciones, ilusiones, sueños, y objetivos concretos. Conocer sus pulsiones espirituales y creativas. En definitiva: conocer el conjunto de razones, de emociones, de vivencias, y de aspiraciones compartidas, que posibilitan que el cristiano entregue cada día su existencia al servicio de sus hermanos.

¹ ELIOT, T. S.: *Four Quartets*. London. 1986, p. 54.

Y conocer razones, emociones, vivencias y aspiraciones, es decir, conocer esa formidable fuerza que, como diría Tennyson en *Ulises*, "en los viejos días movía el cielo y la tierra", como lo que conforman: una cultura para el accionar político. Conocer la cultura política como una propuesta de vida específica y singular, integral, a la medida integral y fraterna de la condición humana. Una identidad. Un estilo. Una manera de ser. Y, en 2013, una cultura por todos los conceptos alternativa al discurso mediocre y decepcionante en el que convergen los rostros mutantes del materialismo. Un discurso resignado y conformista, antiguo, previsible, no dirigido a ciudadanos, sino a consumidores, no dirigido a seres humanos, sino a muertos de vacaciones.

Nuestra cultura es cívica y humanista. Es una cultura de la vida. De la unidad y la diversidad. Y, por eso, nos empuja al encuentro con el otro; al encuentro y, por consiguiente, al diálogo. Pero al diálogo genuino, el que respeta y fortalece las identidades de partida y, por lo tanto, consolida el esencial pluralismo de nuestras sociedades. El diálogo que reafirma la igualdad entre las personas porque constata sus diferencias, unas diferencias que interpelan, que educan en el respeto del que sabe ponerse en el lugar del otro; unas diferencias que suman y que enriquecen. El diálogo que reafirma una democracia en la que cada ciudadano utiliza su inteligencia y su racionalidad, pero no desconoce sus emociones, sus convicciones, y sus creencias.

Y la cultura política del cristiano es también alternativa porque, como la propia condición humana, es una cultura peregrina. Una lectura amplia de la historia universal, desde 1945, dibuja la delimitación de un siglo político que, en sus mejores episodios democráticos, cívicos y sociales a lo largo de sus primeros dos tercios, entre 1945 y 2012, puede muy bien ser considerado el siglo del socialcristianismo. La aportación socialcristiana es gigantesca: el Estado social y democrático de Derecho, la afirmación de la civilización de los derechos fundamentales, la economía social de mercado, la aplicación del principio de subsidiariedad en términos institucionales y de gestión pública, pero también políticos y territoriales, el progreso de los pueblos, el liderazgo de exitosos procesos de transición y consolidación democrática, la búsqueda de la equidad en una sociedad de oportunidades, y de la justicia social en libertad... y la paz, son materializaciones de una cultura política democrática que no podría explicarse sin un examen atento y constante a la historia del humanismo cristiano, y sobre todo el ejercicio de responsabilidades de gobierno por los demócratas de inspiración cristiana.

Una cultura política que supera la crispación y la confrontación a través de la construcción de un clima de reflexión y debate para el acuerdo entre perspectivas no ya legítima, sino necesariamente diferentes del accionar político, sus objetivos y sus prioridades. Una cultura política cuya aportación significativa, especialmente en tiempos de singular toxicidad de la atmósfera pública e institucional, debe satisfacer algunas exigencias básicas.

1. Identidad y visibilidad, o el palco vacío del emperador

La primera es la propia presencia, es decir, la existencia y visibilidad de una identidad específica. No existe el cristiano cuando no es visible. No existe su cultura política cuando no comparece en el ágora democrática con su propia singularidad. Cuando Robert Musil escribió *El hombre sin atributos*, recreó la atmósfera política del fin de Austria-Hungría y, por extensión, la propia crisis de la Monarquía danubiana, acudiendo a una imagen tan plástica como absurda. En todos y cada uno de los teatros del Imperio de los Habsburgo existía un palco imperial y real, destinado a recibir a Francisco José I cuando asistiera a las

representaciones. Pero Francisco José no iba nunca. Entre otros motivos, porque su afición por el teatro se circunscribía a su amiga Katharina Schratt. El palco, así pues, presidía las funciones escénicas, siempre vacío, en todos y cada uno de los teatros de la gran confederación centroeuropea. Y esos teatros, y la propia Monarquía, se internaban en la historia bajo el liderazgo de una personalidad más virtual que real, disfrutaba de una presencia siempre espectral, como una suerte de casa, en su mismo corazón, siempre deshabitada².

El palco vacío del emperador es hoy el palco vacío de la persona. Los grandes debates públicos, políticos e institucionales, acuden siempre a las mismas ideas-fuerza: Estado y mercado. La presencia de la persona es virtual. El palco de la persona sigue formalmente en el centro, en el lugar de mejor visibilidad para su propio ocupante y para el resto del teatro. Pero parece evidente que la función se representa con independencia de su presencia o de su ausencia. Como si el teatro, y sus actividades, disfrutaran de una lógica autónoma y pudieran seguir adelante sin ella.

Para este pensamiento humanista, la presencia de la persona en el teatro, en su plenitud, en comunión con Jesucristo, es decir, libre para existir, para crear, y para construir, es la razón de ser de cualquier forma de actuación. Y la falta de visibilidad de la persona, desde luego deliberada en las construcciones políticas inspiradas en doctrinas materialistas, obedece igualmente a la falta de visibilidad suficiente de una propuesta política específica centrada en la propia persona y en esa persona integrada por personas que llamamos comunidad. La propuesta política humanista de inspiración cristiana.

Una propuesta que debe promover, en primer lugar, la propia entidad de la persona humana, y su esencial protagonismo en un debate público que, sin la persona, es cada vez más pobre, más triste, y más fácilmente presa de la banalidad. Cuando la persona está en el centro, de verdad, la vida política cobra pleno sentido. Adquiere verdadera calidad y exigencia en el análisis, en la propuesta, y en el debate. Cuando los servidores públicos entendemos, realmente, que nuestros interlocutores son seres humanos concretos, nuestros conciudadanos y nuestros hermanos, no queda espacio para la trivialidad.

2. Sentido de la persona y de su destino: un centro para el anillo de Clarisse

Claudio Magris acudía a la imagen del "anillo de Clarisse", una de las protagonistas de la gran tetralogía del escritor de Klagenfurt, para describir la crisis del sujeto a lo largo del pasado siglo, al menos desde la difusión del pensamiento de Nietzsche. El anillo que una de las grandes promotoras de la Acción Paralela, Clarisse, se quitaba, no tenía centro. Dentro del anillo de Clarisse no había nada. No era el mero vacío existencial. Era la inexistencia misma³. Cuando reclamamos centralidad en el accionar público e institucional, no estamos reivindicando unos espacios políticos en los que, en todo caso, nos encontramos muy cómodos, porque son los espacios de la mujer y del hombre que madrugan cada día para ir a trabajar y a estudiar, pagan sus facturas y sus impuestos, cuidan y quieren a sus familiares y amigos, y contribuyen a la construcción del bien común en una sociedad más avanzada, más libre, y más justa. Cuando reclamamos centralidad exigimos, en primer lugar, políticas al

² MUSIL, R.: *El hombre sin atributos I*. Barcelona. 1981, pp. 37 y ss.

³ MAGRIS, C.: *El anillo de Clarisse. Tradición y nihilismo en la literatura moderna*. Barcelona. 1993, pp. 13 y ss.

servicio de la persona y ofrecemos una identidad para la concordia. Una identidad para sumar.

Musil decía que la identidad política del austriaco en Austria-Hungría era la de un hombre que se sentía "austriaco más húngaro menos húngaro", es decir, una identidad que se construía por sustracción, y no por adición; que restaba, y no sumaba; que destruía, y no construía. Para el humanismo del que hablamos, la persona está en el centro y, por lo tanto, no es admisible otra forma de presencia y de participación pública y política que no pase por sumar, por ofrecer, por proponer, por aportar, y por crear. La cultura política del cristiano se nutre del afán de renovación, de originalidad, de inquietud por no repetir o reproducir viejas fórmulas. Por eso la vida del espíritu, la investigación, y todas las bellas artes, le resultan tan familiares al cristianismo, y son tan esenciales para este humanismo. Para crear hay que vaciarse, y para vaciarse hay que llenarse. Nuestra cultura política debe acudir al encuentro de todas las formas de esa sublime expresión de caridad que es el arte.

En *Mon testament philosophique*, la última de las grandes contribuciones del inolvidable Jean Guitton, el filósofo francés trataba de imaginar, en los últimos compases de su existencia, cómo sería su muerte, su entierro y, por supuesto, su juicio final. Y, para empezar, no se encontraba precisamente sólo en ninguno de los tres trances. En la muerte dialogaba con Blaise Pascal, Henri Bergson y Pablo VI. En el entierro viajaba a Toledo para encontrarse con El Greco, coincidía en Los Inválidos con Leopold Senghor, meditaba sobre el mal con Charles de Gaulle, conversaba en La Sorbona con Sócrates, quien le hablaba sobre Maurice Blondel, y sostenía una larga charla sobre el amor y la poesía con Dante. En el juicio contaba con la intercesión de Santa Teresita de Lisieux y la declaración como testigo del mismísimo François Mitterrand, y conversaba con ambos sobre el destino del hombre y la comunión de los santos. Cristo, finalmente, cerraba el juicio levantando su mano derecha con la misma majestuosidad reflejada por Miguel Ángel en el *Juicio Final* de la Capilla Sixtina.

Guitton nos ofrecía una lectura cristiana de la historia del proceso de civilización cuya clave reside, seguramente, en su bellísimo encuentro con Dante, un encuentro que se cierra con las lágrimas de Guitton por haber descubierto el sentido de cuanto acontece, de "*la antigua sangre de nuestros antepasados y sus buenas obras, el hombre con sus aspiraciones, la juventud con sus pasiones, y la vejez con su sabiduría*"⁴. Ese ejercicio de síntesis de legados de creación y de pensamiento, de cosmovisiones diversas, de formas de arte y de liderazgo político, unidas ante el supremo trance del encuentro final con Jesucristo, esa capacidad para dialogar con el pagano y con el no creyente, con la santa y con el político, con el poeta y con el papa, representa para el pensador de Sant Étienne la oportunidad de instalarse en la inmortalidad con la autenticidad de quien, como cristiano, es ante todo un hombre de su tiempo que sabe reconocer sus signos.

Porque la cultura política se nutre de la creación; no se disuelve en ella. Es capaz de identificar los elementos que delimitan y abren, que identifican e integran, que alimentan y construyen una cultura, y singularmente su capacidad para inspirar la presencia y participación pública de cuantos se reconocen en esa cultura. Y además ofrecer una respuesta específica a, al menos, una decena de desafíos, como son: la comprensión y superación de la realidad, su consiguiente posicionamiento en torno a la naturaleza humana, la construcción de un complejo de pensamiento orgánico, la delimitación de valores y principios, la voluntad de presencia e influencia en el debate público, la particularidad o universalidad de su mensaje, la delimitación de una propuesta en clave dogmática o abierta, su posición ante la historia y sus signos, la actitud ante la modernidad, y su formulación en

⁴ GUITTON, J.: *Mon testament philosophique*. Paris. 1997, p. 190.

clave central, es decir, en clave de aspiración explícita a las responsabilidades de gobierno, o su ausencia⁵.

Probablemente cada uno de estos diez términos de análisis merecería una reflexión monográfica y sustantiva. Pero más prioritario resulta dotar de sentido y destino a persona y comunidad. Porque estar en el centro del anillo de Clarisse significa estar en constante movimiento. La centralidad no es una realidad estática, sino dinámica, y se ubica en el espacio en el que convergen ideal y posibilidad. Por eso la delimitación de los ideales es esencial a la acción política. Hace exactamente cuatro décadas Eduardo Frei Montalva escribía "La crisis de una civilización" para mostrar que no existe posibilidad de una verdadera acción política carente de identidad, de pensamiento, y de reflexión desde el análisis o, en palabras del gran presidente chileno:

*"La acción política que no se funda en una concepción filosófica del hombre y la sociedad, en una doctrina universal que la alimente y en un conocimiento profundo de la realidad, carece de destino. El pragmatismo puro no es capaz de darle un sustento creador ni de generar los valores morales indispensables para llevarla adelante"*⁶.

Hombre y sociedad, universalidad de la propuesta y conocimiento de la realidad. Visión integral, a la medida de la complejidad de la persona humana y del dinamismo de una historia que por definición, como la persona, pertenecen al cambio. Y, en el seno de una concepción cultural meditada, en el centro de ese pensamiento para la acción, de esa teoría que constituye siempre la mejor de las prácticas, la comprensión también integral e integradora de la sensibilidad, la afectividad y la emotividad del hombre. No se trata de hacer efectivo lo afectivo, sino de construir una cultura política que no le niegue a la praxis pública, institucional y de gobierno, la presencia de las creencias y de las convicciones.

3. La llamada al corazón y el cementerio de los elefantes

En ocasiones, la identidad política del cristiano me recuerda un pasaje de la novela de José Donoso "*Donde van a morir los elefantes*". Uno de sus protagonistas, Marcelo Chiriboga, novelista ecuatoriano, describe la historia de uno de sus personajes, Equis, un hombre condenado a morir fusilado. Frente al pelotón de ejecución, y cuando se le interroga acerca de su última voluntad, el reo solicita que se le despoje de la venda que le cubre los ojos, y encargarse él mismo de tomar el mando de los soldados formados. Levanta el brazo, comienza a dar instrucciones a sus ejecutores para que disparen... pero deja pasar los minutos sin bajar el brazo ni ordenar que abran fuego. El oficial al mando asiste durante siete minutos atónito al proceso, sin atreverse a vulnerar su propio y solemne compromiso, hasta que finalmente recupera la autoridad, y materializa la sentencia de muerte⁷.

Es evidente que el condenado ha decidido ganarle una prórroga a su propia existencia. Y durante mucho tiempo pensé que ese condenado, que sólo en los últimos estertores de su vida luchaba por agarrarse a ella con todas sus fuerzas, describía muy bien la actitud de un servidor público que casi pide perdón por serlo. Y, muy especialmente, la actitud de un humanista de inspiración cristiana que, empujado por el pelotón materialista en sus diversas acepciones contra la pared de la historia, acorralado a veces por complejos, o por una extraña interpretación de la caridad y de la prudencia políticas, apenas pugnaba por arrancar algunos minutos a su propia vida. Seguramente somos los mismos cristianos

⁵ VENEZIANI, M.: *La cultura della destra*. Roma-Bari. 2007, pp. VIII y ss.

⁶ FREI MONTALVA, E.: *Obras escogidas. (Período 1931-1982)* Santiago de Chile. 1993, p. 480.

⁷ DONOSO, J.: *Donde van a morir los elefantes*. Santiago de Chile. 2006, pp. 94-95.

molestos o, como diría el jefe de policía de Viena mirando a los jóvenes que rezaban en la *Stephansdom*, tras escuchar al cardenal Innitzer la noche del plebiscito del 10 de abril de 1938 que sancionó la integración de Austria en el imperio de Hitler, unos "cristianos alborotadores". Unos cristianos que, por cierto, fueron detenidos, mientras los nazis asaltaban el palacio arzobispal ante la pasividad policial. En efecto, la fiesta de los mercados sin regulación ni responsabilidad, pero también la estatolatría que avasalla a la persona y a la comunidad, nos tienen enfrente. Los nuevos adoradores del Becerro de Oro son especialmente poco considerados, por no decir, agresivos, con los políticos de inspiración cristiana. Y practican la más cruel y despectiva de las formas de descalificación, que es la negación de la propia existencia de este humanismo, tratando de propiciar su disolución en otras tradiciones de identidad política.

Y, mientras, se edifica un discurso políticamente correcto y unitario, de clase, casi de casta dirigente, en torno a lugares comunes que no permiten identificar la propia procedencia de su emisor. Dominique de Villepin, por ejemplo, pretende hacer suya la lógica ilustrada de Kant y sostiene en su último libro que "sólo el deber nos hará libres". ¿En qué consiste el cumplimiento del deber según el antiguo ministro de Exteriores y delfín predilecto de Jacques Chirac? En dar más a nuestro país, en unirnos, en ser solidarios, en comprometernos en una profunda refundación política, económica y social... y en conquistar la dignidad de ciudadano⁸. Nadie puede creer en estas vagas y gélidas enumeraciones de buenos deseos, formuladas a la medida vacía de una visión materialista de la vida. Nadie se sentirá llamado a la política, es decir, sentirá la vocación, la convocatoria a la entrega y al servicio, escuchando o leyendo semejantes invitaciones a la desafección y la inconcreción del compromiso. Como en la película de Giuseppe Tornatore *Tutti stanno bene*; pero, al igual que en la misma película, la enumeración no resulta ya creíble. Además, así, con reiteraciones enfáticas de lo obvio, no se construye una cultura política. La cultura política pertenece a la moral sabiendo que, como decía Lèvinas, la moral no pertenece a la cultura; es un presupuesto de la cultura o, en expresión del filósofo personalista, "permite juzgarla, descubre la dimensión de la altura":

*"Ni las cosas, ni el mundo percibido, ni el mundo científico permiten reagrupar las normas de lo absoluto. En tanto que obras culturales, están bañadas por la historia. Las normas de la moral, sin embargo, no están embarcadas ni en la historia ni en la cultura. Tampoco son islotes que emergen en ella en la medida en la que tales islotes hacen posible toda significación, también la cultural"*⁹.

Los principios de la moral son un "antes que la historia". El "rostro del otro" proviene del "más-allá" y fija la conciencia en su rectitud. La presencia y participación pública y política del cristiano obedecen a esa concepción trascendente, a esa instalación en la inmortalidad. No basta con hacer el discurso de los valores y de las buenas intenciones. La cultura política del cristiano es una cultura de la presencia histórica de Jesucristo, una cultura construida por el testimonio de quienes hemos querido libremente asumir el desafío de convertirnos en sus testigos. Con plena conciencia de pertenencia a una sociedad plural y pleno respeto a todas y cada una de las personas que la conforman. Pero también con la voluntad de que la identidad cristiana reciba el mismo respeto en la plenitud de su experiencia y de su vivencia cotidiana. Un cristiano desprovisto de la conciencia está abocado a la absoluta inhumanidad. Un cristiano fiel a su conciencia es un militante al servicio del bien común, la paz, la libertad, y la justicia social.

⁸ VILLEPIN, D. de: *Seul le devoir nous rendra libres*. Paris. 2012, pp. 75 y ss.

⁹ LÈVINAS, E.: *Humanismo del Otro Hombre*. Madrid. 1993, p. 55.

Cristianos formados en la conciencia y en la razón. Pero también cristianos abiertos a su propio corazón. La cultura política del cristiano es una cultura fraterna, que no guarda humanas reservas frente al adversario. No hay posibilidad de genuino liderazgo para quien no se atreve a asomarse a los mejores sentimientos, los más nobles impulsos, y las más desprendidas inclinaciones de la condición humana. La cultura política del cristiano es una cultura de perdón y de reconciliación, y no de odio y de frustración. Es una cultura de unidad, y no de fractura. Tras alcanzar la presidencia en las históricas elecciones sudafricanas del 10 de mayo de 1994, las primeras libres de la historia, y en contra del inicial parecer mayoritario del Congreso Nacional Africano, que pretendía la total eliminación de los símbolos de la población blanca comenzando por el viejo himno nacional *afrikaner, Die Stem*, para establecer el himno del propio ANC, *Nkosi Sikelele Afrika*, Nelson Mandela convenció a sus compañeros para integrar simbólicamente ambas comunidades entonando sucesivamente ambos. Porque la verdadera suprema victoria de quienes habían sido esclavizados, torturados y oprimidos a lo largo de los siglos era liderar un país en el que sus antiguos tiranos se convirtieran en sus conciudadanos. O, como diría el propio *Madiba*: "No hay que apelar a su razón, sino a sus corazones"¹⁰. Y el corazón nunca se conforma con frases manidas, o corteses, distantes y protocolarias declaraciones de buenas intenciones. El corazón exige y da. El corazón es el motor de la vocación y del compromiso. Y, para la cultura política del cristiano, no existe servidor sin vocación.

4. Universidad en el mensaje, o la plegaria de Desdémona

El 9 de octubre de 1977 Heinrich Böll pronunció una conferencia en Recklinghausen bajo el título "¿Qué significa hoy ser de izquierdas?". El escritor renano, católico, siempre crítico con la Unión Cristiano Demócrata, muchas veces muy injustamente, enumeraba manifestaciones diversas de la cultura -"cultura del medio ambiente", "cultura de la imaginación", "cultura de la conversación", "cultura intelectual", "cultura religiosa", "cultura de la lectura", "cultura de la vivienda", "cultura de la comida", "cultura de los viajes"... Pero el propio Premio Nóbel alemán decidía centrarse en la que él mismo denominaba "cultura perceptiva", antes llamada "sensibilidad". Según Böll, la antigua sensibilidad se había transformado para convertirse en una expresión de la cultura que se centraba en la identificación del enemigo político. Es decir: la cultura se convertía en un arma para generar confrontación e imposibilitar que los actores políticos y, por extensión, los ciudadanos, pudieran encontrarse y percibirse mutuamente. Y eso, como cristiano, no le parecía precisamente muy prometedor¹¹.

La reflexión del autor del *Diario irlandés* conserva hoy toda su vigencia. La primera obligación de los servidores públicos en cuanto cristianos es demostrar la inutilidad política y cívica de cualquier forma de enfrentamiento y posibilitar el encuentro abierto y fecundo con el adversario. Pero esa obligación no puede materializarse con meras buenas declaraciones de intenciones. El político de inspiración cristiana debe contar con herramientas para la reflexión y la construcción del propio discurso. Un discurso siempre provisto de formatos y de análisis innovadores, de contenidos y propuestas para el diálogo, de rigor y seriedad en el pensamiento. De músculo intelectual, autoridad moral, y delicadeza y cordialidad en la expresión.

Agostino Giovagnoli realizó ese esfuerzo de análisis científico hace más de dos décadas en una monografía centrada en la específica génesis de la *Democrazia Cristiana*

¹⁰ CARLIN, J.: El factor humano. Nelson Mandela y el partido que salvó a una nación. Barcelona. 2009, p. 189. Cfr. igualmente MANDELA, N.: Long walk to freedom. New York. 1985, pp. 852 y ss.

¹¹ BÖLL, H.: Más allá de la literatura. Ensayos políticos y literarios. Barcelona. 1986, p. 484.

italiana desde su fundación hasta su histórico éxito electoral de 1948. Y eso significó centrarse, esencialmente, en tres ámbitos: identidad, definición de una propuesta partidaria específica, y relaciones entre accionar político e Iglesia católica. El gran historiador romano decía que era más fácil ocuparse de estudiar las raíces de esa cultura, porque era una cultura ininteligible desde la perspectiva laica y, muchas veces, desde la propia óptica cristiana¹². Probablemente, porque el vastísimo movimiento católico italiano del siglo XX, inexplicable sin su compleja y fecunda relación con la Iglesia católica en un país en cuya médula romana se radica físicamente la Santa Sede, es el fermento de opciones políticas humanistas, como sus expresiones políticas y partidarias más representativas.

Pero, hoy, este planteamiento ha de ser revisado en profundidad. En primer lugar porque, en 2013, este esquema puede y debe abrirse a la universalidad de la opción cristiana, y ocuparse de la relación con las Iglesias, de la presencia de servidores públicos de inspiración cristiana dentro de un cuadro partidario y socio-profesional plural, y del consiguiente enriquecimiento de un caudal de identidad más que nunca abierto a todas las energías creadoras del hombre. El desafío es construir una cultura política compartida por quienes, en el espacio público, estatal y privado, partidario y comunitario, institucional y empresarial, científico y profesional, quieran ser testigos de Jesucristo. Es decir, construir una propuesta con identidad, dotada de respuestas, pero también de interrogantes, plenamente enraizada en la modernidad. Una propuesta ilustrada, para la justicia, la madurez y para la responsabilidad, en donde la fé es la mejor aliada de la razón, y la convicción cristiana la más genuina manifestación de la libertad profunda del hombre.

Una propuesta que fortalezca el ánimo y que aporte nuevos motivos y nuevos argumentos para la militancia cristiana. Arnheim, otro de los protagonistas de *El hombre sin atributos* de Robert Musil, decía que "*todos los caminos que conducen hacia el espíritu parten del alma, pero ninguno retorna a ella*"¹³. Y el alma, en efecto, necesita "retornos". El alma exige la práctica de la humana interlocución, de la humana reciprocidad. Necesita una concreta respuesta a esa "pregunta silenciosa" que, según Martin Buber, no provenía de la angustia existencial, sino de la "profundidad de la quietud": "¿tienes tú, quizá, el poder de ayudarme?; ¿puedes ayudarme a creer?". El filósofo vienés, además, entendía que esa petición de ayuda venía acompañada, en primer lugar, de la necesidad de tener fe en la realidad, en el propio sentido de la existencia. Pero, en segundo término, y más importante, venía también nutrida de una convicción: "¿quién me puede ayudar si no eres tú?"¹⁴.

Sin duda, el retorno que está exigiendo el alma, esa petición de ayuda y esa certeza en que tú eres el portador de la ayuda que estoy necesitando, es el amor. Pero el amor no basta. Porque el amor, ese amor interpretado y reinterpretado, plenamente integrado en las formas de expresión de la cultura contemporánea, desde el culebrón a la música pop, es una expresión totémica que, primero, se vacía de contenido, para después llegar a separarnos. Cuando Ian Curtis compuso hace más de un tercio de siglo *Love will tear us apart*, a las afueras de Manchester, al final del verano de 1979, apenas meses antes de su suicidio, advertía que los enemigos del amor eran la rutina que pega fuerte, la ilusión que se derrumba, el resentimiento que se incrementa, y las emociones que pugnan por no crecer.

Si queremos que la presencia política de este humanismo no se asemeje a una canción de Joy Division, es decir, a una descarga de talento de tres minutos de una belleza subyugante y una frialdad implacable, hemos de ser especialmente exigentes, para empezar, en la definición de la caridad que vamos a poner en práctica, en el amor fraterno que va a

¹² GIOVAGNOLI, A.: La cultura democristiana. Tra Chiesa cattolica e identità italiana. 1918-1948. Roma-Bari. 1991, pp. VIII y ss

¹³ MUSIL, R.: *El hombre sin atributos II*. Barcelona. 1972, pp. 106 y ss.

¹⁴ BUBER, M.: *Imágenes del bien y del mal*. Buenos Aires. 2000, p. 45.

presidir nuestra presencia pública. Vasili Grossman, ese inmenso escritor ruso que fue primero revolucionario y después enumeró todos los abusos del totalitarismo, describía a la generación que hizo la revolución como una generación de auténticos profesionales del odio que, tras destruir el viejo orden, y hacerlo de manera sangrienta y fanática, con el mismo dogmatismo se adherían al mundo nuevo que no eran capaces de construir, es decir, en palabras del propio autor de *Vida y destino*, "odiaban por amor"¹⁵. El amor, en efecto, no basta, si no viene acompañado de la justicia y de la libertad, como sostiene Gutenberg Martínez¹⁶. Y con el amor, la justicia y la libertad, la universalidad en su puesta en práctica.

Universalidad como condición del sentido eminentemente concreto del accionar. La cultura política del cristiano tiene proyecto porque identifica, claramente, a sus destinatarios. En *Otello*, la penúltima de sus óperas, la primera escrita con libreto de Arrigo Boito, el casi bicentenario Giuseppe Verdi presenta al comienzo de su cuarto acto a una Desdémona que presiente su muerte entonando sus oraciones nocturnas a la Virgen María. Desdémona ruega por quien adorando se postra ante Ella, por el pecador, por el inocente, por el débil apresado, y por el poderoso miserable también, por quienes bajo la mala fortuna inclinan la frente... Pero, sobre todo, ruega por nosotros Porque de nosotros, de todos y cada uno, y de todas y cada una, se trata. El regalo y el misterio de nuestra existencia es que estamos todos juntos.

Conclusión: funeral en San Juan de Letrán por el "hombre bueno, amable, sabio, inocente, y amigo", es decir: por el político cristiano

La fraternidad es, en efecto, la clave de interpretación de la cultura política del cristiano. Sin duda la más noble y más natural de las inclinaciones de la condición humana. Pero cabe también educar para la fraternidad, y detectar algunas de las cualidades en las que, con plena conciencia, podemos y debemos trabajar y avanzar. Unas cualidades que disfrutaban de una muy singular y eminente formulación en circunstancias históricas particularmente dramáticas y, por esa misma razón, sensibles a su expresión nítida y descarnada: el funeral de Estado que Pablo VI celebró el 13 de mayo de 1978 en la Basílica de San Juan de Letrán por el alma de Aldo Moro.

Tras su secuestro sangriento el 16 de marzo precedente por las Brigadas Rojas, un fanático grupo terrorista que aniquiló a los cinco integrantes de su escolta, Moro fue sometido a un implacable cautiverio a lo largo de 55 días, durante los cuales fue "juzgado" por sus captores y condenado a muerte, mientras la policía se afanaba por encontrarle, y la clase política italiana se debatía entre negociar con los criminales o no claudicar ante su extorsión. El 9 de mayo, aniversario de la Declaración Schuman, su cuerpo fue hallado en el maletero de un Renault 4 de color rojo ubicado en la vía Caetani, entre *Botteghe Oscure* y la *Piazza dell Gesú*.

Aldo Moro era el gran estadista de la República italiana. Intelectual, jurista, profesor universitario, constituyente en 1946, antiguo ministro y presidente del Consejo de Ministros, el político nacido en Apulia era el artífice de una estrategia de ampliación de la base política y partidaria del sistema constitucional italiano que posibilitara que el Pci, partido de gobierno ya en municipios y regiones, pudiera llegar a convertirse en fuerza de gobierno en Italia, completándose un sistema democrático que, en palabras del propio Moro, era por definición

¹⁵ GROSSMAN, V.: *Todo fluye*. Barcelona. 2010, p. 208.

¹⁶ MARTÍNEZ, G.: "Presentación. La necesaria revalorización de la comunidad": *La revalorización de la comunidad*, pp. 5-8. Santiago de Chile. s. a., p. 5

"incompleto", lo que había convertido al conjunto del Estado de Derecho en una "democracia difícil"¹⁷.

Pero el líder asesinado cruelmente era mucho más para Pablo VI, quien, a pesar de su avanzada edad y su más que delicado estado de salud, se había ofrecido como rehén a los terroristas en canje por el propio secuestrado. "Don Battista" era el antiguo capellán de la FUCI, la organización de los universitarios cristianos italianos que habían decidido no rendirse al fascismo. El Padre Montini, discípulo dilecto de Jacques Maritain, había formado a los jóvenes líderes "fucinos", como Aldo Moro, en el pensamiento político del filósofo parisino, y la consiguiente obligación de los cristianos de presencia y participación en la vida pública y política democrática. El asesinato del gran estadista representaba, para un Pablo VI muy enfermo, apenas semanas antes de su propio fallecimiento, la liquidación de uno de los mejores exponentes de un gigantesco despliegue de la política, del pensamiento, del arte y de la creación de los cristianos gracias a una generación, la del propio Aldo Moro, Rafael Caldera, Jean Lecanuet, o Eduardo Frei Montalva, que llena algunas de las mejores páginas de la vida democrática del siglo XX¹⁸.

El Papa, extremadamente pálido desde que ingresó en la Basílica con gesto grave y sereno, bendiciendo a los allí congregados, decidió entablar en su homilía un auténtico diálogo con Dios. Pablo VI no parecía ya de este mundo cuando describía cómo a Dios se había dirigido "el grito", la oración "De profundis", desde el dolor, pero también desde la esperanza, porque "quién sino Tú, Señor de la vida y de la muerte, podías atender nuestras súplicas". Pero, como el Papa habría de afirmar seguidamente, "Tú no quisiste escuchar nuestra súplica".

Pablo VI, en efecto, destinatario de dos de las cartas redactadas por su discípulo durante su abyecto cautiverio, había rogado a los propios terroristas que le liberaran en un dramático mensaje y, sobre todo, le había rogado a Dios con verdadera esperanza por su integridad. Por eso albergaba un significado tan especial su homilía. Y por eso alberga el mismo especial sentido la intervención que en ese instante supremo y solemne de la historia, con la legendaria precisión y fino estilo con que el autor de la *Populorum progressio* componía y decía su pensamiento, procedió a la descripción de Aldo Moro como un "hombre bueno, gentil, sabio, inocente, y amigo".

Una enumeración de cualidades que obedece a una lógica paulina sobrecogedora. Porque no dedica ni una sola mención a aquéllas que, como la honestidad y la integridad, no son cualidades, porque se suponen en todo servidor público. Tampoco se detiene en las virtudes de vanidad, en la descripción de su carrera pública, de sus méritos políticos y académicos, porque esas cualidades, si nos instalamos en la Eternidad, tienen muy escasa importancia. Pablo VI coloca el acento en las cualidades más genuinamente humanas, las que mejor ponen de manifiesto nuestra esencial comunidad en Jesucristo, y también las virtudes que más radicalmente vienen a explicitar el ideal de la verdadera persona, del ser humano concreto que da, que sirve, que comparte, que acoge, que respeta... en definitiva, que ama: la bondad, la amabilidad, la sabiduría, la inocencia, y la amistad.

El propio Moro, escribía una carta el 27 de abril, después de 43 días de forzosa reclusión, y publicada al día siguiente, once antes de su asesinato, concluía afirmando que no quería a su lado "a los hombres del poder", sino a "quienes me han amado verdaderamente y seguirán amándome y rezando por mí"¹⁹. Resulta llamativo que el hombre del poder por excelencia, ininterrumpido parlamentario desde 1946, ininterrumpido integrante

¹⁷ MORO, A.: La democrazia incompiuta. Attori e questioni della politica italiana 1943-1978. Roma. 1999, pp. 135.

¹⁸ GHIRELLI, A.: Democristiani. Storia di una classe politica dagli anni Trenta alla Seconda Repubblica. Milano. 2004, pp. 25-27. Cfr. también ANDREOTTI, G.: Vista da vicino. Milano. 2000, p. 67.

de la dirección de su partido y/o del poder ejecutivo, presidente del propio partido en el instante de su secuestro, el mismo hombre que había reivindicado el ejercicio de las responsabilidades de gobierno como privilegiado instrumento para el servicio del bien común, no quisiera más interlocutores que los hombres de amor genuino.

Virtudes para conocer y construir el hogar democrático, el punto de partida y de llegada que cada día conocemos por primera vez. Virtudes para cambiar la vida y transformar el mundo verdaderamente, sin artificios retóricos, sin ejercicios grandilocuentes: la bondad que, decía Salvador Espriú, el gran poeta catalán, era la más grande, porque comprendía todas las demás; la amabilidad de quien, porque ama, se hace amar, como Federico García Lorca en "El poeta dice la verdad", el más bello de sus *Sonetos del amor oscuro* cuando decía "Quiero llorar mi pena, y te lo digo/ para que tú me quieras y me llores"; la sabiduría de quien tiene el arrojo y la humildad necesaria para sobreponerse al lastre del mero conocimiento acumulado y trata de ver corazones y no rostros, como lamentaba siempre no conseguir el Ricardo III de Shakespeare; la amistad de quien no tiene miedo a vivir, y alberga la certeza de que existe, como diría Ángel González "porque tú me imaginas".

Pero diría yo que la más excepcional de todas las virtudes es la inocencia, la misma inocencia que mantenía siempre Orson Welles, y que le había llevado a elegir a Don Quijote como su personaje predilecto. En el *Fausto* de Goethe, Mefistófeles admite que el invierno está en su cuerpo, y el propio Fausto, a quien Margarita desde el principio reconoce como bueno de corazón, se siente aborrecido por Dios por su propia inconstancia. Son seres que habitan, en efecto, en una frialdad repleta de experiencia y de conocimiento. Pero han perdido la inocencia de Margarita. Y Fausto será conquistado por esa inocencia para llegar, en el último aliento de su vida, a una suprema conclusión, que, como él mismo sostiene, "es la última palabra de la sabiduría: sólo merece libertad y vida quien diariamente sabe conquistarlas"²⁰.

Y la libertad y la vida se conquistan, en fin, con la inocencia. Parece una suprema paradoja que el espíritu de una obra que, como *Fausto*, representa por tantos conceptos la fundación del hombre contemporáneo, de su cinismo y de su escepticismo, pero también de la sencillez de sus anhelos, una obra que ofrece sobre todas las cosas la esperanza, la gratuidad, el amor, la inocencia, y la redención, se encuentre tan lejos del horizonte cultural de nuestro tiempo. Pero en esto, también, la cultura política del cristiano es diferente. Y la singularidad de esa cultura uno de los requisitos necesarios de la propia vitalidad del conjunto de la cultura democrática y cívica. Porque, a más cristianismo, más y mejor democracia.

¹⁹ MORO, A.: *Lettere dalla prigionia*. A cura di Miguel Gotor. Torino. 2008, p. 143. En el concepto del poder y sus adoradores Moro coincidía con lo manifestado en 1973, también en críticas circunstancias con uno de sus amigos y compañeros de militancia socialcristiana, igualmente víctima de la barbarie dictatorial, cfr. FREI MONTALVA, E.: *El Mandato de la Historia y las Exigencias del Porvenir*. Santiago de Chile. 2011, p. 59. "No es a través del apetito del poder, ni mucho menos de partidismos, que Chile podrá encontrar su camino y su acuerdo".

²⁰ GOETHE, J. W. von: *Fausto*. Madrid. 1987, p. 363.